

libroscopio

Un mundo por corregir

Cuando hace unos días **Manuel Baixauli** recibió el Premi Llibreter por su obra *Ignot*, agradeció su trabajo e implicación a “los editores, los correctores, la prensa, la crítica, los libreros y los lectores”. Es habitual dar las gracias a los editores, que tienen la sartén de editarte el libro por el mango, también a los libreros que han de vender tu libro, a los lectores que lo compran e incluso no es infrecuente mencionar a periodistas y críticos, que es mejor acordarse de santa Bárbara antes de que truene. Pero Baixauli se acordó, milagrosamente, de los personajes más ignotos de la cadena del libro: los correctores. Si **H.G. Wells** hubiera escrito en la actualidad *El hombre invisible*, no habría hecho a su transparente protagonista estudiante de medicina sino corrector.

Los correctores, gente laboriosa y metódica, tienen su propia asociación profesional, UniCo, que cumple ahora

se consigna el traductor, el ilustrador de la portada y el impresor, me pregunto si no debería estar también el corrector... “Es una de nuestras reivindicaciones como asociación profesional. Al menos deberían darnos la posibilidad de estar. No obstante, hay editoriales, sobre todo las pequeñas, que sí incluyen el nombre del corrector. Cada vez más”.

No sé qué tal se llevan con sus rectificados. ¿Los escritores reciben sus correcciones como si les clavaran agujas al rojo vivo? “Bueno, es que la palabra corregir es un poco antipática, hay que reconocerlo, y por extensión hay gente que ve al corrector como el típico listillo que viene a sacarte fallos cuando tu texto, por supuesto, está perfecto... Bromas aparte, fíjate si somos el mejor aliado que una persona que ha dedicado años a escribir un libro lo pone en nuestras manos, nos lo confía para que nosotros lo arregle-



Álvaro Martín, presidente de los correctores españoles (UniCo)

ARCHIVO

15 años y agrupa a más de 250 correctores, asesores lingüísticos, revisores y demás artesanos del pulido textual. Su presidente, **Álvaro Martín** –que ha trabajado para editoriales como SM, Planeta, Deusto o Siglo XXI–, me explica que “entre nuestros principales objetivos están mejorar y dignificar la profesión de corrector de textos” y me hace una aclaración: “Muchos de nuestros miembros no trabajan ni para medios de comunicación ni para editoriales, sino para empresas, instituciones, fundaciones, agencias de marketing, etcétera. ¡Hay todo un mundo por corregir!”.

Tengo la sensación de que en los libros actuales hay más corrección política que de textos. Martín lo corrobora: “Aunque en menor medida que en los medios de comunicación, en las editoriales también se ha reducido mucho esta actividad: bien bajando las tarifas hasta unos niveles que impiden que profesionales cualificados puedan asumirlas, bien eliminando el proceso de corrección e integrándolo en otros. Como lector de libros y medios de comunicación, no puedo entender que se recorte en calidad. Puedes quitar gramaje al papel o sacar solo libros en tapa blanda, pero ¿publicar un periódico o un libro con erratas, faltas de ortografía, errores gramaticales, de traducción, que no se entienda...? Resulta hasta inquietante que suceda”.

En los títulos de crédito de un libro

mos, lo pulamos, lo mejoremos y lo dejemos perfecto. ¡Es mucha responsabilidad!”.

Le pregunto si los mensajes en las redes sociales con palabras abreviadas, omisión de preposiciones y emoticonos lo sacan de quicio... “Depende. En el caso de los emoticonos, omisión de preposiciones, palabras abreviadas o sustituciones, como k por que, en absoluto me desagradan, ya que se trata de un código de comunicación. Peculiar pero propio. Es similar a un telegrama, nadie se enfada porque falten elementos, es su código propio. Ahora bien, otra cosa es redactar una entrada en un blog, un post en Facebook, un tuit o una entrada en Instagram y que esté llena de faltas de ortografía, errores gramaticales, etcétera. Eso no es admisible porque, en definitiva, no dejan de ser las cartas de nuestro tiempo”.

Le expreso mi temor de que los correctores automáticos de los ordenadores los jubilen, pero él está convencido de que son un complemento y no una alternativa, porque ellos son mucho más que cazadores de erratas. “Lo que sí puede llegar a jubilar a los correctores humanos son unas tarifas irrisorias que impidan vivir de la corrección, y a las que, por desgracia, poco a poco nos vamos acercando. El día que la calidad de todos los textos no importe tendremos como sociedad un problema mucho más grande que la existencia o no del corrector”. |

ANTONIO ITURBE



Ensayo Jimena Canales analiza el enfrentamiento histórico entre Bergson y Einstein; filosofía versus física

La naturaleza del tiempo

FÉLIX RIERA

El ensayo *El físico y el filósofo* de Jimena Canales, doctora de Historia de las Ciencias por la Universidad de Harvard, nos adentra de forma exhaustiva en las motivaciones que llevaron a enfrentar la visión sobre el tiempo del filósofo Henri Bergson y el físico Albert Einstein. Canales nos lleva a observar que “en palabras de Paul Valéry”, su enfrentamiento fue el grande *affaire* del siglo XX y puso fin a la “edad de oro anterior al divorcio entre las dos culturas”, la ciencia y las humanidades. Su ensayo permite abrir esta caja de Pandora llena de preguntas y dudas, centrada principalmente en la disputa sobre cómo interpretar “las

¿La percepción del tiempo, dentro o fuera del hombre?, ¿en su interior o al margen de él? Esa fue la cuestión

complejas manifestaciones de la naturaleza a través del tiempo”. El debate tuvo su apoteosis pública en un acto celebrado en el Collège de France, organizado por la Société Française de Philosophie en 1922, donde Einstein fue invitado para hablar de su teoría de la relatividad y al que asistió Bergson. En el encuentro Bergson esgrimió: “Lo que quiero exponer es simplemente esto: una vez admitimos que la teoría de la relatividad es una teoría física, no todo queda cerrado”. Y Einstein respondió: “El tiempo de los filósofos no existe”.

¿Pero en qué discrepaban el filósofo y el físico? Es interesante recordar que en 1922 ya se había identificado la enfermedad del Alzheimer, caracterizada por la pérdida de memoria, y se había publicado el primer volumen en 1917 de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, obra influenciada por el pensamiento de Bergson sobre la memoria y la percepción. Canales expone cómo Bergson, al observar un reloj, insistía, sobre la base de su teoría

de la duración, que determinar el tiempo es una operación compleja. Para saber qué hora es, no solo advirtimos un número dado por un instrumento (el reloj). Saber la hora, según Bergson, requiere cierto juicio sobre el significado de un momento. Einstein, por su parte, demostró científicamente, como indica Canales en su ensayo, que “si dos relojes estacionarios se fijan al mismo tiempo uno con respecto al otro, y si uno de ellos se separa y viaja a una velocidad constante, los dos relojes empezarán a marcar tiempos diferentes, dependiendo de sus velocidades respectivas. Investigadores han calculado la diferencia sorprendente entre el tiempo del primer reloj (t1) cuando se compara con el segundo (t2). ¿Cuál de estos dos tiempos (t1 o t2) es el tiempo verdadero? Según Einstein, ambos deben ser tratados como iguales. Ambas cantidades se refieren igualmente al tiempo”.

La cuestión que Bergson intentó demostrar, tras ser derrotado por Einstein con argumentos teóricos, es que “hay un tiempo en mi memoria que inserta algo de ese pasado en el presente”, como describe la obra de Proust. Ambas visiones no son excluyentes. Bergson quería mostrar un tiempo que se percibe en el interior, en el espíritu del hombre. Einstein analiza un tiempo que se puede medir y comprobar fuera del hombre y al margen del mismo. Bergson, que tenía una alta formación en matemáticas, conocía la importancia de la ciencia para definir el mundo, pero no dejaba de preguntarse “qué habría pasado si la conciencia moderna, en lugar de partir de las matemáticas para orientarse en la dirección de la mecánica, de la astronomía, de la física y de la química, y en lugar de hacer converger todos los esfuerzos sobre el estudio de la materia, hubiese comenzado por la consideración del espíritu”. |

Jimena Canales

El físico y el filósofo

ARPA. 509 PÁGINAS. 22,90 EUROS



La física y escritora Jimena Canales

ARPA EDITORIAL